

Alocución del Dr. Juan Velázquez Uriarte en la sesión que le dedicó la Academia con motivo de su jubileo profesional

Es intensa la emoción que me embarga al encontrarme en medio de un auditorio tan respetable, que dudo si mis labios podrán expresar las ideas que se agolpan en mi mente, por ser enorme la honra que me dispensa esta H. Corporación, al proporcionarme este inmérito homenaje. Comprendo que este acto debo traducirlo como la resultante de vuestra excesiva bondad y no debido a mis escasos méritos.

Así pues, permitidme, que en esta brevísima alocución, haga partícipe de este austero acto a nuestros antecesores académicos, fundadores unos, y dirigentes otros, de esta distinguida asociación, quienes, con honestidad, firmeza y sobre todo, con el gran amor que sintieron por esta legendaria agrupación, la sostuvieron invariable en sus designios, a pesar de tantas alteraciones de sucesos, prósperos unos y adversos otros, pudiéndola conservar incólume, hasta la época presente, en la que ha surgido la nueva generación de profesionistas, plenos de saber y con elementos más poderosos y eficaces, para proseguir con denuedo e intenso vigor el sendero que nuestros respetables desaparecidos dejaron trazado.

Al tributar mi admiración a estos varones del pasado, me corresponde recordar a mi ya extinto e inolvidable condiscípulo y mentor, Dr. Julián Villarreal, quien, con su valiente espíritu y carácter tenaz, acometió, por decirlo así, las más delicadas intervenciones quirúrgicas de vientre; y especialmente, las ginecológicas; cierto es que esta cirugía de vientre está en nuestros días bien aclarada y ampliamente difundida; pero la época a la que hago mención, se refiere a los años de 1898 a 1905. En aquellos felices tiempos para mí, tuve la suerte de ser el ayudante directo y médico adjunto del servicio ginecológico establecido por él, en el Hospital de Mujeres de San Juan de Dios, así como en el que se llamó Hospital González Echeverría. Por esta afortunada oportunidad, tuve ocasión de compenetrarme del poderoso esfuerzo que desplegaba el citado doctor académico, con objeto de aliviar y curar a sus pacientes; pero siempre, pensando en conservar la

función del órgano enfermo, idea directriz ya no discutida ahora. Sería largo, y tal vez extemporáneo, entrar en detalles de la intensa labor quirúrgica por él desarrollada. Sólo recordaré, que el doctor Villarreal fué el precursor y fundador de la asepsia y de la cirugía vaginal intra-peritoneal en México. Recuerdo, señores, que este distinguido desaparecido siempre buscó el trabajo como ley absoluta y primordial del equilibrio social.

En efecto, el trabajo ha sido de todos los tiempos, y éste, ha hecho pensar, observar, crear y realizar las más estupendas empresas del hombre. Por tanto, siendo el trabajo una de las más bellas ofrendas del ser humano, los que se acojan a la máxima suprema de él, serán siempre los más respetables. Por esto mismo, señores, nuestros antecesores y maestros, principalmente los que se esforzaron y contribuyeron decididamente al sostenimiento de esta H. Academia, merecen nuestra admiración y acatamiento.

Ahora bien, la Humanidad es y ha sido imperfecta, y por tanto, disímbola; por lo consiguiente, presiento que de las sociedades científicas similares a la presente, surgirán los hombres que puedan librar a nuestro pueblo del estado de depresión y miseria en que se encuentra; apartándolo de tantas calamidades morales y materiales que lo agobian, y alejándolo de las desdichas que se ciernen tanto sobre los culpables, como sobre los inocentes.

Se ha creído y externado, que la civilización había alcanzado un alto grado de adelanto en la evolución transformadora, que se nota en esta ya populosa Metrópoli; pero, al pensar y sentir en las dificultades y trastornos que nos rodean, quedamos estupefactos entre tantos entorpecimientos, que nos asedian y abruman. En efecto, la civilización ha retrocedido al extremo de formar un valladar gigantesco, el cual impide que las ciencias en lo general guíen y ordenen con mayor acierto a la humanidad por el camino que conduzca a la realidad, a fin de llegar al sitio de la armoniosa concurrencia social, donde se podría encontrar positivamente el bien común, que tanto escasea en los tiempos que corren.

Este desconcierto en que vivimos, tal vez se deba a los sentimientos e instintos legados por nuestros ascendientes: la herencia. Es inconcuso que para mejorar o cambiar los factores conocidos que afectan a las agrupaciones humanas, y en particular, a nuestro país, sólo los hombres bien preparados podrán encau-

zarnos por el sendero de la razón e inteligencia, con el propósito de unir y estrechar a todos los elementos humanos, para despertar en estos grupos el afecto y convencimiento de nuestros deberes sociales. No es de dudar que la tarea es y será ardua y aun peligrosa, en vista de que en nuestro medio dominan los sentimientos imperiosos; pero, no obstante esto, vislumbro, al pasar mi vista ante esta nueva pléyade de profesionistas, plenos de ciencia y gran amor por nuestra Patria, que procurarán vigorosamente impulsar y dirigir al conglomerado nacional por nuevos derroteros, para evitar que lo que pueda ser reparable en el presente, no sea irremediable en el futuro.

Así pues, señores, termino estas palabras agradeciendo profundamente a los Directivos de esta Agrupación, así como a todos sus miembros, la singular distinción de este acto.